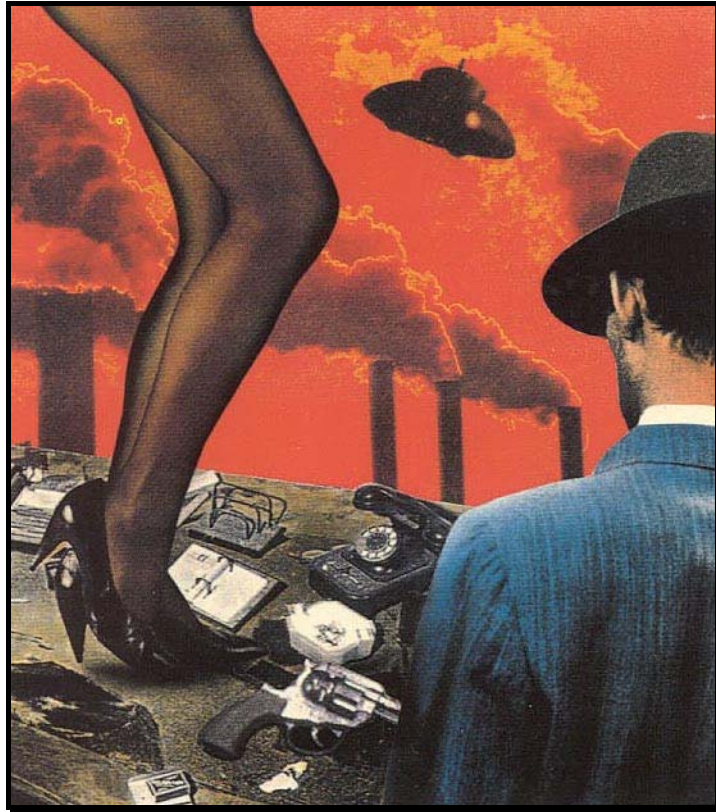


BUKOWSKI



Pulp

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1996
Traducción de Cecilia Ceriani y Txaro Santoro
OCR y Revisión de kontra – Julio 2003

Dedicado a la mala escritura

Yo estaba sentado en mi oficina, mi contrato de alquiler había vencido y McKelvey estaba empezando los trámites para desahuciarme. Aquel día hacía un calor del demonio y el aire acondicionado se había roto. Una mosca se paseaba lentamente por encima de mi escritorio. Extendí el brazo con la palma de la mano abierta y la puse fuera de juego. Me estaba frotando la mano con la pernera derecha del pantalón cuando sonó el teléfono. Lo cogí.

-¿Sí? -dije.

-¿Ha leído usted a Céline? -preguntó una voz femenina. La voz era bastante sexy y yo llevaba mucho tiempo solo. Décadas.

-¿Céline? -dije-. Ummm...

-Quiero a Céline -dijo ella-. Tengo que conseguirlo.

Aquella voz tan sexy me estaba poniendo realmente cachondo.

-¿Céline? -dije-. Déme alguna información. Hábleme, señora, siga hablando...

-Súbase la cremallera -me contestó.

Miré hacia abajo.

-¿Cómo lo sabe? -le pregunté.

-Da igual. Lo que quiero es a Céline.

-Céline está muerto.

-No lo está. Quiero que le encuentre. Quiero tenerlo.

-Puedo encontrar sus huesos.

-No, estúpido, ¡está vivo!

-¿Dónde?

-En Hollywood. He oído que se ha pasado varias veces por la librería de Red Koldowsky.

-Entonces, ¿por qué no va a buscarle *usted*?

-Porque antes quiero saber si es el *auténtico* Céline. Tengo que estar segura, absolutamente segura.

-Pero ¿por qué ha recurrido a mí? Hay cientos de detectives en esta ciudad.

-John Barton le ha recomendado a usted.

-Ah, Barton, sí. Bueno, escuche, tendrá que darme algún adelanto y tendré que verla a usted en persona.

-Estaré ahí dentro de unos minutos -dijo.

Ella colgó, yo me subí la cremallera.

Y esperé.

2

Ella entró en mi oficina.

Bueno, o sea, aquello no era justo. El vestido le estaba tan apretado que casi le estallaban las costuras. Demasiados batidos de chocolate. Llevaba unos tacones tan altos que parecían zancos. Caminaba como un borracho contoneándose por la habitación. Un glorioso vértigo de carne.

-Siéntese, señora -le dije.

Se dejó caer y cruzó las piernas muy arriba, tan condenadamente cerca que se me salían los ojos de las órbitas.

-Encantado de verla, señora -le dije.

-Deje de hacerse el bobo, por favor. No tengo nada que no haya visto usted nunca.

-En eso se equivoca, señora. ¿Podría darme usted su nombre?

-Señora Muerte.

-¿Señora Muerte? ¿Es usted del circo? ¿Del cine?

-No.

-¿Lugar de nacimiento?

-Da lo mismo.

-¿Año de nacimiento?

-No se haga el gracioso.

-Sólo intentaba tener algunos antecedentes.

De alguna manera se me fue el santo al cielo. Empecé a mirarle fijamente las piernas. Siempre he sido un hombre de piernas. Fue lo primero que vi al nacer. Después intenté salir. Desde entonces he intentado la dirección contraria pero con bastante poco éxito.

Ella chasqueó los dedos:

-Eh, déjelo ya.

-¿Ehhh? -dije levantando la mirada.

-El asunto Céline. ¿Se acuerda?

-Sí, claro.

Desdoblé un clip y apunté hacia ella con el extremo.

-Necesitaré un cheque por servicios prestados.

-Por supuesto -dijo sonriendo-. ¿Cuál es su tarifa?

-6 dólares la hora.

Sacó su talonario de cheques, garabateó algo, arrancó el cheque del talonario y me lo lanzó. Aterrizó en mi escritorio. Lo cogí. 240 dólares. No había visto tanto dinero desde que acerté un pleno en Hollywood Park en 1988.

-Gracias, señora...

-...Muerte -dijo ella.

-Sí, sí -dije-. Ahora déme algunos detalles sobre ese tal Céline. ¿Dijo usted algo de una librería?

-Bueno, se ha pasado varias veces por la librería de Red, ha estado hojeando libros, preguntando sobre Faulkner, Carson McCullers, Charles Manson...

-Así que se pasa por la librería, ¿eh? Hmmm....

-Sí -contestó-. Ya conoce usted a Red. Le gusta echar a la gente de su librería. Te puedes gastar mil dólares, pero te quedas uno o dos minutos más y entonces Red te dice: «¿Por qué no te largas de una puñetera vez?» Red es un buen tipo, sólo que está un poco chiflado. Bueno, pues echa una y otra vez a Céline, y Céline cruza a Musso's y se queda dando vueltas por el bar con aire triste. Vuelve al día siguiente o al otro y vuelve a suceder lo mismo.

-Céline está muerto. Céline y Hemingway murieron con un día de diferencia. Hace 32 años.

-Lo de Hemingway lo sé. Conseguí a Hemingway.

-¿Seguro que era Hemingway?

-Oh, sí.

-Entonces, ¿cómo es que no está segura de que este Céline es el auténtico Céline?

-No lo sé. Tengo una especie de bloqueo en este asunto. No me había ocurrido nunca hasta ahora. Puede que lleve demasiado tiempo en este rollo. Así que por eso he venido. Barton dice que usted es bueno.

-¿Y usted piensa que el auténtico Céline está vivo y quiere conseguirlo?

-No sabe cuánto, jefe.

-Belane. Nick Belane.

-Muy bien, Belane. Quiero estar *segura*. Tiene que ser el *auténtico* Céline, no cualquier tonto del culo que se crea que lo es. Ésos abundan.

-Como si no lo supiera.

-Bueno, empiece con ello. Quiero conseguir al escritor más grande de Francia. He esperado mucho tiempo.

Después se levantó y salió. Nunca en mi vida había visto un culo como aquél. Más allá del concepto. Más allá de cualquier cosa. Ahora no me molestéis. Quiero pensar en aquel culo.

Al día siguiente.

Yo había anulado la cita para hablar en la Cámara de Comercio de Palm Springs.

Estaba lloviendo. El techo tenía goteras. La lluvia se colaba a través del techo y hacía spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat...

El sake me mantenía caliente. Pero caliente ¿qué? Nada de nada. Allí estaba yo, a mis 55 años y sin siquiera un cacharro para recoger la lluvia. Mi padre me había advertido que acabaría mis días meneándomela en el porche trasero de algún desconocido en Arkansas. Y aún estoy a tiempo de hacerlo. Los autobuses para allá salen a diario. Pero los autobuses me producen estreñimiento y siempre hay algún viejo británico de barba rancia que ronca. Tal vez fuera mejor trabajar en el caso Céline.

¿Era Céline Céline o era otra persona? A veces me parece que ni siquiera sé quién soy yo. Bueno, sí, soy Nick Belane. Pero fíjate, si alguien grita: «¡Eh, Harry! ¡Harry Martel!», casi seguro que le contesto: «Sí, ¿qué pasa?» Quiero decir que yo podría ser cualquier otro. ¿Qué importancia tiene? ¿Qué tiene un nombre?

La vida es extraña, ¿verdad? Siempre me elegían al final en el equipo de béisbol porque sabían que yo podía lanzar la pelota-hija-de-puta desde allí hasta Denver, ¡Ratas celosas!, eso es lo que eran.

Yo tenía talento, tengo talento. A veces me miro las manos y me doy cuenta de que podría haber sido un gran pianista o algo así. Pero ¿qué han hecho mis manos? Rascarme las pelotas, firmar cheques, atar zapatos, tirar de la cadena de los retretes, etc., etc. He desaprovechado mis manos. Y mi mente.

Estaba sentado bajo la lluvia.

Sonó el teléfono. Lo sequé con una multa por impago a Hacienda y descolgué.

-Soy Nick Belane -dije. ¿O era Harry Martel?

-Yo soy John Barton -me respondió una voz.

-Sí, sé que ha estado recomendándome, gracias.

-Le he estado observando. Tiene usted talento. Está un poco verde pero eso es parte del encanto.

-Me alegra saberlo. El negocio iba mal.

-Le he estado observando. Lo logrará, sólo tiene usted que ser persistente.

-Sí. Y dígame, ¿en qué puedo ayudarle, señor Barton?

-Estoy intentando localizar al Gorrión Rojo.

-¿El Gorrión Rojo? ¿Qué demonios es eso?

-Estoy seguro de que existe y lo único que quiero es encontrarlo. Quiero que usted me lo localice.

-¿Alguna pista para empezar?

-No, pero estoy seguro de que el Gorrión Rojo anda por ahí en algún sitio.

-Ese Gorrión no tendrá un nombre, ¿verdad?

-¿A qué se refiere?

-Me refiero a un nombre. Como Henry o Abner o Céline.

-No, simplemente Gorrión Rojo. Estoy seguro de que puede encontrarle. Tengo confianza en usted.

-Pero eso cuesta dinero, señor Barton.

-Si encuentra al Gorrión Rojo le daré 100 dólares mensuales de por vida.

-Hmmm... Y ¿qué le parecería dármelo todo de una vez?

-No, Nick, se lo fundiría en el hipódromo.

-Muy bien, señor Barton, déjeme su teléfono y me pondré a trabajar en ello.

Barton me dio su teléfono y después dijo:

-Tengo total confianza en usted, Belane.

Luego colgó.

Bueno, el negocio estaba remontando. Pero el techo goteaba más que nunca. Me sacudí algunas gotas de lluvia, le di un sorbo al sake, lié un cigarrillo, lo encendí, di una calada, me atragantó una tos seca, me coloqué mi sombrero marrón, puse en marcha el contestador automático, fui despacio hacia la puerta, la abrí y allí estaba McKelvey. Tenía un tórax inmenso y parecía que llevase hombreras.

-Tu contrato de alquiler ha vencido, imbécil -escupió-. Quiero que saques tu culo de aquí.

Entonces me fijé en su barriga. Era como un suave montón de mierda seca. Le hundí el puño bien adentro. Su rostro se dobló sobre la rodilla que yo estaba levantando. Cayó y luego rodó hacia un lado. Una visión repugnante. Pasé por encima. Le saqué la cartera. Fotos de niños en posturas pornográficas.

Pensé en matarle, pero me limité a coger su tarjeta Visa Oro, le di una patada en el culo y cogí el ascensor para bajar.

Decidí ir caminando a la librería de Red. Cuando iba en coche siempre me ponían una multa de estacionamiento y tenía tantas que no podía hacerles frente.

Caminando hacia la librería de Red me sentía un poco deprimido. El hombre ha nacido para morir. ¿Qué quiere decir eso? Perder el tiempo y esperar. Esperar el tranvía. Esperar un par de buenas tetas alguna noche de agosto en un cuarto de hotel en Las Vegas. Esperar que canten los ratones. Esperar que a las serpientes les crezcan alas. Perder el tiempo.

Red estaba en la librería.

-¡Qué suerte tienes! -me dijo-. Se acaba de ir ese borracho de Chinaski. Ha estado fanfarroneando con la báscula nueva que tiene en correos, una Pelouze.

-No le hagas caso -le contesté-. ¿Tienes algún ejemplar firmado del *Mientras agonizo* de Faulkner?

-Por supuesto.

-¿Cuánto cuesta?

-2800 dólares.

-Lo tengo que pensar...

-Perdona -dijo Red, y se volvió hacia un tipo que estaba hojeando una primera edición de *No puedes volver a tu hogar*.

-¡Haga el favor de dejar ese libro en su funda y lárguese de una puñetera vez!

Era un tipo pequeño, de aspecto delicado, todo encorvado, que llevaba algo que parecía un impermeable amarillo.

Volvió a colocar el libro en su funda y pasó por donde estábamos nosotros dirigiéndose a la salida con una nube de humedad en los ojos. Había dejado de llover. Su impermeable amarillo ya no servía para nada.

-¿Puedes creer que hay gente que entra aquí tomándose un helado de cucurucho?

-Y hasta cosas peores.

Después me di cuenta de que había alguien más en la librería. Estaba de pie cerca del fondo. Pensé que le conocía de foto. Céline. ¿Céline?

Me acerqué a él despacio. Me puse realmente cerca. Tan cerca que podía ver lo que estaba leyendo. Thomas Mann. *La montaña mágica*.

Me vio.

-Este tipo tiene un problema -me dijo señalando el libro.

-¿Cuál? -le pregunté.

-Considera que el aburrimiento es un arte.

Devolvió el libro a su estante y se quedó allí sin hacer nada, con aire de Céline.

Le miré.

-Esto es increíble -dije.

-¿El qué? -me preguntó.

-Yo pensaba que usted estaba muerto -dije yo.

Me miró.

-Yo pensaba que usted también estaba muerto -dijo él.

Entonces nos quedamos allí simplemente mirándonos el uno al otro.

Después oí a Red.

-EH, TÚ -dijo a gritos-. ¡SAL DE UNA PUÑETERA VEZ DE AHÍ!

Éramos las dos únicas personas que había allí dentro.

-¿Quién es el que tiene que salir de una puñetera vez? -pregunté.

-EL QUE SE PARECE A CÉLINE. ¡QUE SALGA DE UNA PUÑETERA VEZ DE AHÍ!

-Pero ¿por qué? -pregunté.

-¡HUELO CUÁNDO NO VAN A COMPRAR!

Céline o quienquiera que fuese empezó a caminar hacia la salida. Yo le seguí.

Subió andando hacia el Boulevard y luego se paró en el quiosco de periódicos.

Aquel quiosco de periódicos estaba allí desde que tengo memoria. Recordé haber estado allí hacía dos o tres décadas con 3 prostitutas. Me las llevé a todas a mi casa y una de ellas masturbó a mi perro. Les parecía gracioso. Estaban borrachas y colocadas. Una de las prostitutas fue al cuarto de baño, se cayó, se dio con la cabeza contra el borde del retrete y lo llenó todo de sangre. Estuve limpiando aquello con unas toallas grandes humedecidas. La acosté y me fui a sentar con las otras, que luego se marcharon. La que estaba en la cama se quedó 4 días y 4 noches bebiéndose toda mi cerveza y hablando de sus dos hijos que estaban en Kansas City Este.

El tipo aquel -¿sería Céline?- estaba en el quiosco de periódicos leyendo una revista. Al acercarme vi que era *The New Yorker*. La volvió a colocar en el estante y me miró.

-Esta revista sólo tiene un problema -dijo.

-¿Cuál es?

-Simplemente que no saben escribir. Ninguno de ellos sabe.

Justo entonces pasó un taxi desocupado.

-¡EH, TAXI! -gritó Céline.

El taxi aminoró y él dio un salto hacia adelante, la puerta trasera se abrió y en un tris estuvo dentro.

-¡EH! -le grité-. ¡QUIERO PREGUNTARLE ALGO!

El taxi se dirigió rápidamente hacia Hollywood Boulevard. Céline se asomó, alargó el brazo y me hizo un corte de mangas. Después desapareció.

Era el primer taxi que yo veía por allí desde hacía décadas. Quiero decir un taxi libre, dando vueltas.

Bueno, la lluvia había parado pero seguía sin mejorar. Y, además, el aire era helador y todo olía como a pedos mojados.

Encogí los hombros y me dirigí hacia Musso's.

Tenía la tarjeta Visa Oro. Estaba vivo. Tal vez. Incluso empecé a sentirme como Nicky Belane. Tararé un trocito de una de Eric Coates.

La que dice «El infierno es lo que has hecho».

Busqué «Céline» en el Webster. 1894-1961. Estábamos en 1993. Si estuviera vivo, tendría 99 años. No era extraño que la señora Muerte le anduviera buscando.

Y aquel tipo de la librería parecía tener entre 40 y 50 años. Bueno, ya estaba. No podía ser Céline. O tal vez era que había encontrado el método para vencer el proceso de envejecimiento. Mira las estrellas de cine, cogen la piel del culo y se la ponen en la cara. La piel del culo es la que más tarda en tener arrugas. Todas van por ahí durante sus últimos años con cara de culo. ¿Haría Céline eso? ¿A quién le gustaría vivir tanto como para llegar a los 99 años? A nadie que no sea un estúpido. ¿Por qué querría Céline durar tanto? Todo el asunto era de locos. La señora Muerte estaba loca. Yo estaba loco. Los pilotos de las líneas aéreas estaban locos. Nunca mires al piloto, simplemente embarca y pide que te sirvan unas copas.

Miré a dos moscas que estaban follando y después decidí llamar a la señora Muerte. Me bajé la cremallera y esperé a oír su voz.

-Hola -oí que decía su voz.

-Hmmm -dije yo.

-¿Cómo? Ah, es usted Belane. ¿Ha avanzado algo en el caso?

-Céline está muerto, nació en 1894.

-Conozco los datos, Belane. Mire, sé que está vivo... en algún sitio, y el tipo de la librería podría ser él. ¿Ha avanzado algo? Quiero conseguir a ese tipo. No sabe usted cuánto.

-Hmmm -dije.

-¡Súbase la cremallera!

-¿Ehh?

-¡Estúpido, he dicho que se suba la cremallera!

-Bueno, bueno... está bien...

-Quiero pruebas concretas de que ese tipo *es o no es*. Ya le he dicho que tengo un bloqueo absurdo en este asunto. Barton le recomendó a usted, me dijo que era uno de los mejores.

-Oh, sí, de hecho también estoy trabajando para Barton, intentando localizar al Gorrión Rojo. ¿Sabe usted algo de eso?

-Mire, Belane, resuelva esto de Céline y le *diré* dónde está el Gorrión Rojo.

-Oh, señora, ¿me lo dirá? Haré cualquier cosa por usted.

-¿Como qué, Belane?

-Bueno, mataría a mi cucaracha preferida, daría de latigazos a mi madre si estuviera aquí...

-¡Deje de decir tonterías! Estoy empezando a pensar que, por lo que a usted se refiere, Barton me ha dado gato por liebre. O sea que será mejor que empiece con ello. ¡O resuelve esto de Céline o voy por *usted!*

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

